

Manuela Mesa (coord.)

Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras

Anuario 2016-2017

baiz



ceipaz

Libro Amigo de los Bosques
GREENPEACE

El papel de este libro es 100% reciclado, es decir, procede de la recuperación y el reciclaje del papel ya utilizado.

La fabricación y utilización de papel reciclado supone

el ahorro de energía, agua y madera, y una menor emisión de sustancias contaminantes a los ríos y la atmósfera. De manera especial, la utilización de papel reciclado evita la tala de árboles para producir papel.

Seguridad internacional y democracia:
guerras, militarización y fronteras.
Anuario CEIPAZ 2016-2017

Federico Mayor Zaragoza, José Antonio Sanahuja, Mark Ackerman,
Manuela Mesa, Francisco Javier Verdes-Montenegro, Caterina García,
Josep Ibáñez, Rosa Meneses, Ignacio Álvarez-Ossorio, Marc Saurina,
Xulio Ríos

© Federico Mayor Zaragoza, José Antonio Sanahuja, Mark Ackerman, Manuela Mesa,
Francisco Javier Verdes-Montenegro, Caterina García, Josep Ibáñez, Rosa Meneses,
Ignacio Álvarez-Ossorio, Marc Saurina, Xulio Ríos

De esta edición:

© CEIPAZ

Fundación Cultura de Paz
Ciudad Universitaria Cantoblanco
Pabellón C

Calle Einstein, 13. Bajo
28049 Madrid

Tel. 91497.37.01

info@ceipaz.org

[http:// ceipaz.blogspot.com](http://ceipaz.blogspot.com)

Edición de textos: CEIPAZ

Diseño: Alce Comunicación

Impresión: Perfil Gráfico

5ª edición: Mayo 2017

ISSN: 2174-3665

Depósito legal: M-16885-12

Sumario

Introducción <i>Manuela Mesa</i>	9
---	---

Tendencias internacionales

La ética del tiempo ante los retos globales <i>Federico Mayor Zaragoza</i>	19
Posglobalización y ascenso de la extrema derecha: crisis de hegemonía y riesgos sistémicos <i>José Antonio Sanahuja</i>	41
Guerras de frontera. Los fabricantes y vendedores de armas que se benefician de la tragedia de los refugiados en Europa <i>Mark Akkerman</i>	79
El tráfico de personas en el Triángulo Norte en Centroamérica: un negocio muy lucrativo <i>Manuela Mesa</i>	109
Los presupuestos militares en tiempos de crisis: el caso de España <i>Francisco Javier Verdes-Montenegro</i>	129

Perspectivas regionales

Populismo y nacionalismo: la política exterior estadounidense de la Administración Trump. Balance de 100 días de gobierno <i>Caterina García y Josep Ibáñez</i>	149
Seguridad en el Mediterráneo. Focos de tensión: terrorismo, guerra y crisis de refugiados <i>Rosa Meneses</i>	167
El impacto regional del conflicto sirio en Oriente Medio <i>Ignacio Álvarez Ossorio</i>	179
Turquía en el contexto actual: los desafíos para la democracia y su papel en la región <i>Marc Saurina</i>	197
China en sus relaciones con Estados Unidos <i>Xulio Ríos</i>	215

Relación de autores y autoras	233
-------------------------------------	-----

Seguridad en el Mediterráneo. Focos de tensión: terrorismo, guerra y crisis de refugiados

Rosa Meneses

Periodista del diario El Mundo especializada en Oriente Medio y Magreb



El espacio que en la Antigüedad tomó forma de la mano de fenicios, griegos o romanos sigue siendo hoy uno de los lugares más calientes del planeta. El mar Mediterráneo, conocido en las lenguas romances como el mar “entre las tierras”, tal y como recuerda David Abulafia, integra varias regiones con grandes diferencias sociopolíticas pero que orillan un vecindario con una profunda interacción histórica. Así, la seguridad del entorno del *Mare Nostrum* es también interdependiente. En esta geografía convergen actualmente diversos conflictos, como la inestabilidad en Libia provocada por el enfrentamiento entre milicias que apoyan hasta a tres gobiernos diferentes, guerras abiertas como la de Siria, que provocan oleadas de refugiados hacia los países vecinos y hacia Europa, o el conflicto palestino-israelí, cuyas negociaciones sufren años de parálisis. También los países ribereños sufren, en los últimos años, el terrorismo yihadista que extiende sus brazos desde Siria o Irak proyectándose hasta Europa.

Terrorismo

Con Turquía, Egipto, Túnez y Francia experimentando desde 2015 un aumento de los atentados terroristas, esta amenaza está rediseñando las políticas de seguridad en el espacio mediterráneo. El curso de los acontecimientos hace pensar que va a seguir persistiendo y creciendo. La escalada de los conflictos en Siria e Irak, donde el grupo yihadista autodenominado Estado Islámico (utilizaremos aquí sus siglas en inglés, IS, y su acrónimo en árabe, Daesh, indistintamente) se encontraba –en el primer trimestre del año 2017– en retroceso debido a la ofensiva de una coalición internacional liderada por EEUU para reconquistar territorios en estos dos países, además de en Libia, han ido empujando a la milicia a golpear a la desesperada en una u otra orilla. El embate de las fuerzas iraquíes –apoyadas por Estados Unidos– contra los dominios del Daesh ha reducido el control del grupo terrorista a menos del 7% del territorio iraquí a principios de abril de 2017, cuando tres años antes se había apoderado del 40% del país. En 2014 las milicias yihadistas conquistaron importantes enclaves de Irak, entre ellos Mosul, segunda ciudad del país árabe, en una ofensiva relámpago que dejó sin reacción al ejército. Pero desde entonces han perdido ciudades como Faluya y Ramadi (oeste), antiguos bastiones de la lucha contra las tropas estadounidenses que se asentaron en el país tras la caída de Sadam Husein. La ofensiva militar para recuperar Mosul que se puso en marcha en octubre de 2016 pero que operativamente ya dejaba ver sus efectos desde principios de ese año, ha provocado una crisis de refugiados a nivel local, focalizada sobre todo en el Kurdistán, pero cuyas consecuencias derivan hacia el Mediterráneo. Queda por ver dónde se instalan los remanentes del Estado Islámico expulsados de estas zonas y cómo las autoridades iraquíes son capaces de retener las zonas reconquistadas y, sobre todo, de proveer a la población de servicios básicos, justicia y una buena gestión administrativa.

La seguridad del entorno del “Mare Nostrum” es interdependiente y en él convergen diversos conflictos de gran complejidad

Mientras, la preocupación de las autoridades europeas se ha centrado en el retorno de individuos radicalizados en las filas del IS y otros grupos yihadistas en Irak, Siria y Libia. Las ofensivas para expulsarles de sus bastiones en estos países provocan el éxodo de individuos fanatizados a otras partes del planeta. Muchos vuelven a sus países de origen. De los miles de hombres reclutados en Europa, se estima que alrededor de un 30% habían vuelto a sus países de origen en junio de 2016 (Lesser, 2016). Cuesta encontrar cifras actualizadas, pero el número de yihadistas reclutados en Europa Occidental entre junio de 2014 y diciembre de 2015, por ejemplo, se incrementó más del doble: de aproximadamente 2.500 a más de 5.000, según un informe de The Soufan Group. Francia, Reino Unido, Alemania y Bélgica son los principales países proveedores de yihadistas de Europa.

No sólo la orilla norte, sino también la sur, acusa la amenaza terrorista de la mano de esos retornados o bien el riesgo causado por los tentáculos del IS en forma de grupúsculos locales. Es el caso de Túnez, que pese a ser el único ejemplo de éxito de las Revoluciones Árabes que tuvieron su origen en el levantamiento popular contra el régimen de Zin el Abidin Ben Ali en 2011, se encuentra muy expuesto al caos en Libia y también se ha convertido en el país que más yihadistas exporta al este del Mediterráneo. Algunos informes cifraban, en diciembre de 2015, en 6.000 el número de tunecinos en las filas yihadistas de Siria e Irak. Le seguían los saudíes (2.500), los rusos (2.400), los turcos (2.100) y los jordanos (2.000). La alianza entre las redes de contrabando y las milicias terroristas que operan en las porosas fronteras entre Túnez, Argelia y Libia es uno de los factores que explican esta proliferación de yihadistas tunecinos. El terrorismo tiene, pues, una dimensión financiera y una vinculación con el crimen organizado que es verdaderamente patente en un Estado en construcción como el tunecino.

Por el contrario, pocos originarios de Argelia –un país que sufrió durante la década de los 90 una guerra civil que enfrentó al ejército con grupos armados islamistas en la que murieron entre 100.000 y 150.000 personas– se han unido a las filas del IS y otros grupos en Libia, Siria e Irak. El trauma del conflicto, cuyas heridas todavía tardarán en curar en la sociedad argelina, es quizá una de las razones por las que la atracción que el IS sí ejerce en otros lares es limitada en Argelia. Cabe destacar, no obstante, que un número significativo de argelinos llevan las riendas de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQIM), presente sobretudo en el Sahel. AQIM es el grupo más prominente en esa región después de consolidar su liderazgo con la integración de varios grupos terroristas norteafricanos a principios de marzo de 2017. La red que lidera Ayman al Zawahiri combina una exitosa estrategia que cultiva las relaciones a largo plazo con grupos locales y los vínculos tribales y étnicos que le ha permitido expandirse en esta zona y amenazar directamente al área mediterránea. Mientras la comunidad internacional se centra en derrotar al Daesh, Al Qaeda va sumando grupos y expandiéndose silenciosamente en otras áreas de influencia. Argelia, sin embargo, presenta sus propios desafíos y remolinos de tensión, entre los que destaca el cada vez más acuciante problema sucesorio del presidente, Abdelaziz Buteflika.

Igualmente Marruecos ha logrado esquivar el terrorismo de corte yihadista en los últimos años con un relativo éxito en la prevención de la radicalización y la vigilancia de redes salafistas en conexión con la Inteligencia de países como Francia, España o Bélgica, donde existe una importante diáspora. El país norteafricano vigila de cerca la amenaza de los movimientos del AQMI y otras milicias del Sahel y el Oeste

de África. Pero algunos de los atentados perpetrados en Europa, concretamente en Francia y Bélgica, han sido protagonizados por individuos de ascendencia marroquí, por lo que habrá que seguir implicando a Marruecos en la lucha contra el terrorismo en Europa.

En algunos países, los estragos del terrorismo están condicionando las políticas de estabilidad y seguridad. Es el caso de Turquía, donde convergen varios factores. Por un lado, el problema kurdo, exacerbado con el fracaso del alto el fuego acordado por la guerrilla del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), que ha traído el retorno de la actividad insurgente y añadido más inestabilidad. Se estima que en este conflicto han muerto más de 30.000 personas desde los años 90. Por otro, la cada vez más invasiva intervención de Ankara en la guerra de Siria (también para atacar allí posiciones del PKK y sus aliados) está convirtiendo al país en uno de los objetivos del IS. Después de años permitiendo por su frontera el flujo de yihadistas hasta Siria e Irak, las redes de los grupos radicales dentro de Turquía han facilitado atentados terroristas en su territorio que han ido incrementándose en *tempo* y letalidad y que no sólo se circunscriben a las localidades turcas fronterizas con zonas dentro de Siria controladas por las milicias salafistas, sino que han llegado al mismo corazón de la sociedad turca, Estambul, atacando este crisol de culturas a las puertas de Europa. A estos dos factores hay que añadir el preocupante devenir político turco, marcado por el creciente autoritarismo del presidente, Recep Tayyip Erdogan, y el intento de contrarrestarlo a través del golpe frustrado de julio de 2016 que ha causado una oleada de represión y la polarización de la sociedad turca. La victoria del sí en el referéndum constitucional del 16 de abril de 2017, promovido por Erdogan para instaurar una república presidencialista con poderes ejecutivos, intensificará la deriva del país hacia un nuevo sultanato en el que el presidente gobernará casi con poderes absolutos y sin necesidad de rendir cuentas. Todo ello, junto a algunos oscuros atentados perpetrados por la extrema izquierda, ha exacerbado un sentido de inseguridad y aislamiento en la sociedad turca que se está viendo afectada también en lo económico, con una drástica caída del turismo y de las inversiones extranjeras.

En algunos países, como Turquía o Egipto, los estragos del terrorismo están condicionando las políticas de estabilidad y seguridad

En Egipto, los golpes del terrorismo islamista han tenido un fuerte impacto político tras una ola de ataques contra instalaciones gubernamentales, fuerzas de seguridad, hoteles y zonas turísticas. La mayor amenaza se encuentra en la península del Sinaí donde operan grupúsculos afines al Daesh que ponen en riesgo el control central en una importante región en el sentido geoestratégico y económico, principalmente por amenazar la seguridad del Canal de Suez. Pero los grandes atentados han estado dirigidos contra la minoría copta, apenas un 10% de la población, en un intento por atizar el sectarismo en un país que siempre ha destacado por la convivencia pacífica. Los

coptos arrastran una larga historia de discriminación y olvido por parte de las autoridades egipcias, aunque eso no ha implicado un conflicto violento en la sociedad. No obstante, los últimos actos terroristas contra iglesias coptas en diciembre de 2016 y abril de 2017 dejan al descubierto una herida histórica y revelan que el IS está determinado a seguir utilizando como factor de desestabilización a la comunidad cristiana, blanco de la mira de sus fusiles.

La lucha contra el terrorismo también dibuja la estrategia securitaria de las organizaciones multilaterales que operan en esta geografía, como pueden ser la Unión Europea y la Alianza Atlántica. En concreto, la OTAN –que pese a tener una vocación transatlántica cada vez mira más al sur de Europa– está centrada en estudiar vías para ayudar en la lucha internacional contra el IS y, de hecho, contribuye prestando sus aviones de vigilancia AWACS a la coalición que lidera EEUU contra esta organización en Irak y Siria. En la cumbre ministerial del 31 de marzo de 2017, los aliados acordaron profundizar en el papel antiterrorista de la organización –aunque sin dejar de contrarrestar a su enemigo histórico, Rusia, tras su “agresión a Ucrania”–, e iniciar ese paso con la entrega de vehículos blindados al ejército de Irak o el establecimiento una misión para entrenar a fuerzas iraquíes (Meneses, 2017). La idea es luchar contra el terrorismo mediante la prevención y la preparación de las fuerzas locales, en vez de enviar tropas de combate propias. En la medida en que la amenaza terrorista no está limitada a Oriente Medio sino que deja expuesta a Europa, los Estados miembros de la OTAN irán implicándose más en el Mediterráneo, e incluso profundizando hasta regiones como el Sahel –entendido en un concepto de “frontera avanzada”–, como parte de la agenda transatlántica. En este sentido, la Alianza Atlántica buscará cada vez más tener una vertiente mediterránea.

Conflictos

Con el conflicto palestino-israelí –que históricamente ha determinado las relaciones en el este del Mediterráneo– en el cuarto frío, la atención se ha focalizado en Siria e Irak. Sin embargo, la llegada a la Casa Blanca de Donald Trump y su cohorte, claramente proisraelí, añade un nuevo periodo de incertidumbre al fallido y, desde hace años, inexistente proceso de paz. Trump ha realizado varios guiños al primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, y se ha esforzado por diferenciarse de su predecesor, Barack Obama, que forjó una tensa relación con Netanyahu. Uno de los guiños de Trump ha sido dar a entender a la Administración israelí que tiene *luz verde* para la construcción de asentamientos israelíes en Cisjordania y así se han aprobado sendos proyectos de expansión de las colonias judías en tierra palestina pese

El Mediterráneo ha recobrado, tras perder progresivamente la importancia geoestratégica que ganó a lo largo de la historia, su papel central para potencias mundiales como Rusia y Estados Unidos

a la condena unánime de la comunidad internacional. La construcción y legalización de estos asentamientos en Cisjordania amenazan la futura proclamación de un Estado palestino que conviva junto al Estado de Israel, según los principios de la llamada solución de dos Estados establecidos en Oslo, hasta el punto de hacerla inviable en pocos años (Meneses, 2016). Ello quedó claro con la condena de la expansión de las colonias en la resolución 2334 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, aprobada el 23 de diciembre de 2016 con la sonada abstención de Estados Unidos en uno de los últimos movimientos de la Administración Obama. En el texto, el Consejo de Seguridad reafirmó que “los asentamientos en territorio palestino ocupado desde 1967, incluyendo Jerusalén Este, no tienen validez legal y constituyen una flagrante violación de la Ley Internacional y el principal obstáculo a la visión de dos estados”. Pese al apoyo de Trump, Israel se enfrenta al aislamiento internacional por su política de anexión de territorios en Cisjordania y habrá que ver cómo el Gobierno de Netanyahu capea con ello. Mientras, el liderazgo palestino sigue acusando su propia crisis, incapaz de buscar relevo para Mahmud Abbas, que a sus 82 años y pese a su frágil salud sigue apegado a la Presidencia desde que fue aupado al cargo en 2005. Tanto la situación interna entre los palestinos –divididos entre Al Fatah, que gobierna Cisjordania, y Hamas, que controla Gaza– como la situación del conflicto con Israel, que mantiene el bloqueo sobre Gaza entre otras políticas, han hecho imposible la celebración de elecciones presidenciales (pendientes desde 2009) y legislativas (pospuestas desde 2010), lo que merma la legitimidad de sus políticos. Así las cosas, en el medio plazo no hay asomo de que las negociaciones de paz puedan reanudarse en medio del actual contexto y cabe estudiar seriamente la necesidad de un replanteamiento de Oslo, con lo que el conflicto palestino-israelí seguirá aparcado y constituyendo un foco vivo y silencioso de tensión que puede explotar en cualquier momento.

La guerra en Siria entrando en 2017 en su séptimo año sin visos de solución, las operaciones militares en Irak para expulsar a las huestes del Estado Islámico y la persistente inestabilidad en Libia, completan la lista de los principales conflictos que marcan el entorno mediterráneo. No sólo los países del vecindario se ven afectados por estos tres focos de violencia. El Mediterráneo ha recobrado, tras perder progresivamente la importancia geoestratégica que ganó a lo largo de la historia, su papel central para potencias mundiales como Rusia y Estados Unidos. Un claro ejemplo es la decisiva intervención de Rusia del lado del régimen de Bashar Asad en Siria, cuya motivación está relacionada con conservar las únicas bases militares que el Kremlin posee en el Mediterráneo.

El ataque químico de principios de abril de 2017 en la localidad de Khan Sheikhun (provincia de Idlib), que provocó 84 muertos (entre ellos mujeres y niños), ha supuesto un nuevo traspaso de las *líneas rojas* de la guerra. La ONU ha documentado un total de 25 ataques químicos en Siria desde 2013, pero ha sido el de Idlib el que ha provocado por primera vez una intervención directa de Estados Unidos, que días después –el 7 de abril– bombardeó una base militar siria. El bombardeo tuvo, sin embargo, consecuencias militares muy limitadas pues la base reanudó su funcionamiento horas después de que cayeran los 59 *tomahawk* con bandera estadounidense. En cuanto a las consecuencias diplomáticas, reactivó la rivalidad EEUU-Rusia. Pero la imprevisibilidad y las contradicciones de la Administración Trump hacen imposible realizar una lectura de cuál será a partir de ahora la política estadounidense en esta zona. Por el momento, parece que Washington está dispuesto a practicar el intervencionismo militar en el mundo, como ha demostrado su acción en Siria y, pocos días después, en Afganistán; no obstante, nada hace pensar que no pueda virar hacia todo lo contrario, dado el carácter mutante de Donald Trump y sus acólitos.

Lo que sí parece tener una vía continuista es la decisión de expulsar a las huestes del IS en Irak mediante ofensivas militares como la puesta en marcha en Mosul. Está por ver cuál es la estrategia política a seguir cuando se consiga el objetivo estratégico militar de eliminar al Daesh de territorio iraquí. Lo lógico sería entonces concentrarse en establecer políticas que fomenten una gobernabilidad inclusiva hacia la población suní, pero la creciente influencia de Irán en Bagdad quizá fomente otra agenda. Si esto es así, el país seguirá en la senda de la inestabilidad política, sólo empañada en los últimos años por la amenazante presencia del Estado Islámico. A medida que vaya mermando la fuerza del Daesh en Siria e Irak, parece que la tendencia es que se produzca un aumento de los atentados en países del entorno, como hemos visto ya en Egipto.

Mientras tanto, Libia parece abandonada a su suerte cada vez más y camino de una somalización irreversible. En medio del caos político, el IS consiguió anidar y hacerse fuerte en Sirte –antiguo bastión gadafista, de donde fue expulsado a finales de 2016 por una coalición de milicias que recibieron apoyo aéreo de EEUU– y otras zonas de importancia para la producción de petróleo. Perdida su territorialidad, en 2017 el grupo yihadista sigue representando una seria y silenciosa amenaza en caso de reagruparse, más aún cuando el país sigue avanzando en su destructiva fragmentación política y social, con graves enfrentamientos entre tribus y ciudades rivales.

El “Mare Nostrum” se ha convertido en “Mare Mortum”, una trampa mortal para las decenas de miles de personas refugiadas que cruzan sus aguas con el sueño de llegar a Europa huyendo de la violencia y las guerras del otro lado de la orilla

El Gobierno respaldado por Naciones Unidas, llamado Gobierno de Unidad Nacional (GNA, en sus siglas en inglés), creado en diciembre de 2015 con base en Trípoli, ha fracasado en sus funciones básicas y no ha conseguido integrar siquiera al Ejecutivo instalado en Tobruk. Mientras, el mayor enemigo del GNA es la facción liderada por el general Khalifa Hafter –que cuenta con el apoyo de Egipto, Emiratos Árabes Unidos y, cada vez de forma más evidente, Rusia–, que hostiga al incipiente ejército formado por las milicias agrupadas en torno al GNA. Hafter, hombre fuerte del este de Libia que formó parte de la cúpula militar que favoreció el golpe de Estado de Muamar Gadafi en 1969, se ha erigido hoy como *sustituto* de la figura del coronel. A mediados del 2017, controlaba cerca del 70% del territorio del país y mantenía abiertos varios frentes de guerra con el objetivo declarado de entrar en Trípoli con sus tropas, entre las que están los remanentes del Ejército Nacional Libio. La pérdida gradual de credibilidad del GNA, pese a haber derrotado al IS en Sirte, traslada la popularidad hacia Hafter y sus tropas como garantes de la estabilidad (Wehrey y Lacher, 2017). Poco a poco el GNA se va desmoronando sin haber logrado establecer su autoridad y sin haber podido doblegar al gobierno rival de Trípoli, que cuenta con el apoyo de varias milicias de la capital. La supervivencia del GNA depende de los avances militares de Hafter –que se niega a negociar– y de los cambiantes apoyos de las poderosas milicias de Misrata. El destino de Libia seguirá condicionando mucho la estabilidad y la seguridad del Mediterráneo. De que el país se salve de la somalización dependerá la lucha contra la penetración del Daesh en Europa y el control de las mafias que trafican con seres humanos que sólo provocan un reguero de muertes en el mar.

Refugiados

El *Mare Nostrum* se ha convertido en *Mare Mortum*, una trampa mortal para las decenas de miles de personas refugiadas que cruzan sus aguas con el sueño de llegar a Europa huyendo de la violencia y las guerras del otro lado de la orilla. El conflicto de Siria sigue provocando la huida de decenas de miles de personas, siendo los sirios más de la mitad de los nuevos refugiados en la primera mitad de 2016, según datos del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) publicados en febrero de 2017. Estas cifras muestran, sin embargo, que no es Europa la que recibe el mayor flujo, sino Turquía, Jordania y Líbano, los países vecinos de Siria. Estos países –sobre todo Líbano y Jordania, que son los que acogen al mayor número de refugiados en términos relativos con respecto a su población– se encuentran al borde del colapso socioeconómico y con unos recursos al

límite y eso provoca, en un *efecto expulsión*, que los refugiados se aventuren hacia Europa. Así, el número de llegadas de refugiados por mar a Europa experimentó un afilado aumento en 2015, sobrepasando el millón, casi cinco veces más que en 2014. En 2016, la cifra cayó a 362.376, un 64% menos que el año anterior, según datos del ACNUR. La mayoría de las personas que atravesaron el Mediterráneo para llegar a Europa procedían en 2016 de Siria (23%) Afganistán (12%) y Nigeria (10%). También crece progresivamente el número de muertes en la travesía: 3.700 en 2015 frente a 3.500 un año antes (Kyprianou, 2016). Pero 2016 fue el año más mortífero, con más de 5.000 personas ahogadas en el mar según Naciones Unidas: 14 muertos por día en el Mediterráneo en 2016.

¿Qué ha pasado para que el flujo de refugiados y migrantes haya descendido y aumente el número de los que perecen en el duro viaje, mientras conflictos como el de Siria siguen activos? Dentro de sus fronteras nacionales, la Unión Europea experimentó una oleada sin precedentes de refugiados en 2015, que los miembros solventaron cerrando progresivamente el paso, enviando a sus ejércitos a controlar los flujos y procediendo a devolver *en caliente* a los migrantes, no sin generar escenas de pánico y violencia que crearon estupor en la *Europa de las libertades*. Así fue en los Balcanes, en Hungría, Macedonia... La UE se convirtió en una fortaleza inexpugnable por tierra, dejando como únicos corredores las vías marítimas desde Turquía a las islas griegas más próximas a su costa y desde las incontrolladas playas libias hacia las islas italianas. Grecia e Italia se vieron sobrepasados. Mientras, las mafias afinaron sus tácticas embarcando a más personas a un mismo tiempo en frágiles embarcaciones para aumentar sus ganancias. Más riesgo, más muertes como resultado.

Ante esta situación, la Unión Europea se ha limitado a actuar con el objetivo de frenar la llegada de refugiados a sus costas y poco ha trabajado para establecer políticas de asilo y refugio que garanticen a los ciudadanos en riesgo de una muerte segura en países en conflicto un lugar de acogida y eviten poner en peligro sus vidas echándose en brazos de las mafias a través de peligrosas fronteras y del mar. Así, el 18 de marzo de 2016 vio la luz un acuerdo entre la Unión Europea y Turquía para reducir especialmente el flujo migratorio a las islas griegas. Según este pacto, Ankara se comprometía a readmitir a toda persona que alcanzara territorio griego mientras que su contraparte europea aceptaba reasentar por cauces legales a un refugiado sirio por cada uno que se devolviera desde Grecia. Los 28 también prometieron acelerar el proceso de liberalización de visados para migrantes turcos y ofrecieron una ayuda financiera a Turquía de entre 3.000 y 6.000 millones de euros, destinada a paliar el esfuerzo del país otomano en la acogida de refugiados sirios.

El balance del acuerdo, al cumplirse un año, arrojaba conclusiones contradictorias. Por un lado, se redujo significativamente el número de llegadas irregulares a Grecia: de 1.740 por día a 47 en un mes desde la firma del pacto. Sin embargo, los observadores hablan de “fracaso” (Garcés-Mascareñas y Sánchez-Montijano, 2017) porque ni se han producido expulsiones masivas de Grecia a Turquía, con menos de un millar de sirios devueltos, ni se han puesto en marcha los medios para encauzar legalmente el reasentamiento de refugiados de Anatolia a la UE (no se ha alcanzado siquiera 3.000 reasentados). Hoy, los campos de refugiados griegos son más bien campos de detención donde las personas con derecho a asilo pasan meses atrapadas en un limbo sin salida, sufriendo unas condiciones de vida inhumanas. La política europea de externalización del control migratorio –que pretende extenderse a Libia– ha demostrado ser un auténtico fracaso en términos de derechos humanos y no ha logrado resolver uno de los focos de tensión en el Mediterráneo sino, por el momento, aumentar la mortalidad en el mar en 2016.

Naciones Unidas ha llamado a los países de la orilla Norte a aplicar políticas solidarias que fomenten el reasentamiento de refugiados, la admisión por razones humanitarias, la reunificación familiar o los visados de estudios o trabajo para los que huyen de la guerra. Si estas medidas no se adoptan, sin duda las muertes en el mar seguirán aumentando sin que eso haga que las mafias dejen de actuar, que los migrantes y refugiados desistan de escapar de los conflictos arriesgando aún más sus vidas y que los flujos irregulares sigan afectando las costas europeas. Encontrar un equilibrio entre la responsabilidad humanitaria y la necesidad de gestionar las migraciones, además de hallar políticas de consenso entre los Estados miembros que dejen de alimentar el miedo al otro atizado por los populismos, es uno de los mayores retos a los que se enfrentan las democracias europeas.

Referencias bibliográficas

Abulafia, David (2013), *El gran mar. Una historia humana del Mediterráneo*. Crítica. Editorial Planeta.

Garcés-Mascareñas, Blanca y Sánchez-Montijano, Elena (2017), “El acuerdo UE-Turquía, un año después. Mucho más que externalización”. Opinión CIDOB número 473. Abril. Disponible en: http://www.cidob.org/es/publicaciones/serie_de_publicacion/opinion/europa/el_acuerdo_ue_turquia_un_ano_despues_mucho_mas_que_externalizacion

Kyprianou, Markos (2016), “Perspectives on Mediterranean Security and Stability”, *Horizons*, Autumn 2016, volumen 8, páginas 78 a 88. Center for International Relations and Sustainable Development. Disponible en PDF en: <http://www.cirsd.org/files/000/000/002/44/02d96067b61e43850c3a5b0f02a67c88bab939ab.pdf>

Lesser, Ian (2016), "Terrorism and Mediterranean Security: A Net Assessment", 20 de junio, blog del autor publicado por el German Marshall Fund. Disponible en: <http://www.gmfus.org/blog/2016/06/20/terrorism-and-mediterranean-security-net-assessment>

Meneses, Rosa (2016), "Los colonos judíos en Cisjordania se han triplicado en dos décadas", *El Mundo*, 27 de diciembre. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2016/12/27/58614b6a268e3eb63d8b458a.html>

Meneses, Rosa (2017), "Alemania se enfrenta a EEUU por su demanda de aumentar el gasto de Defensa: 'No es alcanzable ni deseable'", *El Mundo*, 31 de marzo. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2017/03/31/58de26c722601d85448b4663.html>

The Soufan Group (2015), *Foreign Fighters. An Updated Assessment of the Flow of Foreign Fighters into Syria and Iraq*. Diciembre. Disponible en: http://soufangroup.com/wp-content/uploads/2015/12/TSG_ForeignFightersUpdate3.pdf

Wehrey, Frederic y Lacher, Wolfram (2017), "Libya after ISIS". *Foreign Affairs*. 22 de febrero. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/libya/2017-02-22/libya-after-isis?cid=int-rec&pgtype=art>

